

EL ASEDIO DE TARIFA DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

María F. Cortés Melgar

TARIFA EN EL CONTEXTO DE LA GUERRA: LAS RAZONES DE UN ASEDIO

Cuando en enero de 1810 el ejército francés penetró en Andalucía y se produjo su avance arrollador por nuestra geografía, el estado mayor del ejército del sur, establecido en Sevilla, tuvo como objetivo fundamental la conquista de Cádiz.

Cádiz no era una ciudad más de Andalucía. Sede de la Regencia y símbolo de la resistencia nacional, con Cádiz no se tomaba sólo una ciudad; se decapitaba un gobierno, se privaba a un país de sus representantes y se salvaba el gran obstáculo para el dominio efectivo de España. Sin Cádiz, no hubiera quedado más que el valor aislado de aquellos que, desde sus sierras, hubiesen resistido a un gobierno francés dueño del Estado y de las ciudades, hasta que sus voces se hubiesen apagado víctimas de la impotencia, la desmoralización y la represión.

Por ello, mientras el Mariscal Sebastiani se dirigía a Granada y se enfrentaba a la resistencia de las Alpujarras

y Mortier se ocupaba de Extremadura, Soult encargó a Víctor la conquista de Cádiz, quien a tal fin estableció un cerco terrestre cuyas líneas se situaron a través de Rota, Puerto de Santa María, Puerto Real, Chiclana y los pinares de Sancti Petri. Cádiz no fue sitiada, sino cercada por tierra, ya que, manteniendo los ingleses el dominio del mar en esta guerra, Cádiz y la Isla de León mantuvieron libres su comunicación por mar, por cuya vía recibían víveres, armas, municiones y refuerzos, especialmente de La Habana, cuyos astilleros y armerías proveían de barcos y municiones, comunicaciones que los corsarios franceses situados en Conil, Barbate, Rota, etc. no podían impedir al carecer los franceses de flota importante en el mar (1).

Desde Cádiz se planificaron intervenciones muy diversas para contener el empuje de los franceses: unas realizadas en el ala derecha -San Roque, Algeciras y serranía de Ronda- debían servir para frenar el avance de las fuerzas francesas en la Andalucía oriental que acudían a través de Málaga; y otras, en el ala izquierda, Huelva e Isla Canela y el Condado de Niebla, desde donde se realizaba el hostigamiento a Sevilla. Fueron también im-

portantes las actuaciones contra la retaguardia de las líneas enemigas, que la rodeaban.

Un ejemplo de ello y del papel que desempeñaría Tarifa como base de apoyo logístico en estas operaciones sería la batalla de Chiclana. En marzo de 1811, aprovechando que Soult había distraído parte de las fuerzas del sitio para acudir en auxilio de Massena en Torres Vedras, el mando aliado decidió el ataque. Se trataba de una acción combinada en la que los franceses debían ser atacados simultáneamente por la retaguardia, tras una maniobra envolvente, y por el frente, desde Cádiz. A tal fin, el General Graham salió de Cádiz con cinco mil hombres, diecisiete cañones y doscientos seis caballos, y no pudiendo desembarcar en Tarifa como estaba previsto por los fuertes vientos, lo hizo en Algeciras, llegando a Tarifa el día veinticinco. Al día siguiente salió de Cádiz el General Lapeña, quien ostentaba el mando de la expedición, con seis mil infantes, quinientos caballos, siete cañones y artillería ligera. Llegando a Tarifa un día después, saliendo el conjunto de las tropas aliadas para Facinas el veintisiete.

Sabido es como el general español cambió los planes de ataque sobre la marcha provocando la descoordinación entre sus fuerzas y las inglesas, lo que no impidió el éxito aliado en la batalla de La Barrosa. Tras ella, las posiciones de los franceses no sufrieron una importante alteración. Fue un capítulo más en la acción de desgaste a que estaba sometido el enemigo en unas líneas de las que continuamente debían distraerse tropas para afrontar los repetidos hostigamientos de los aliados en esta provincia.

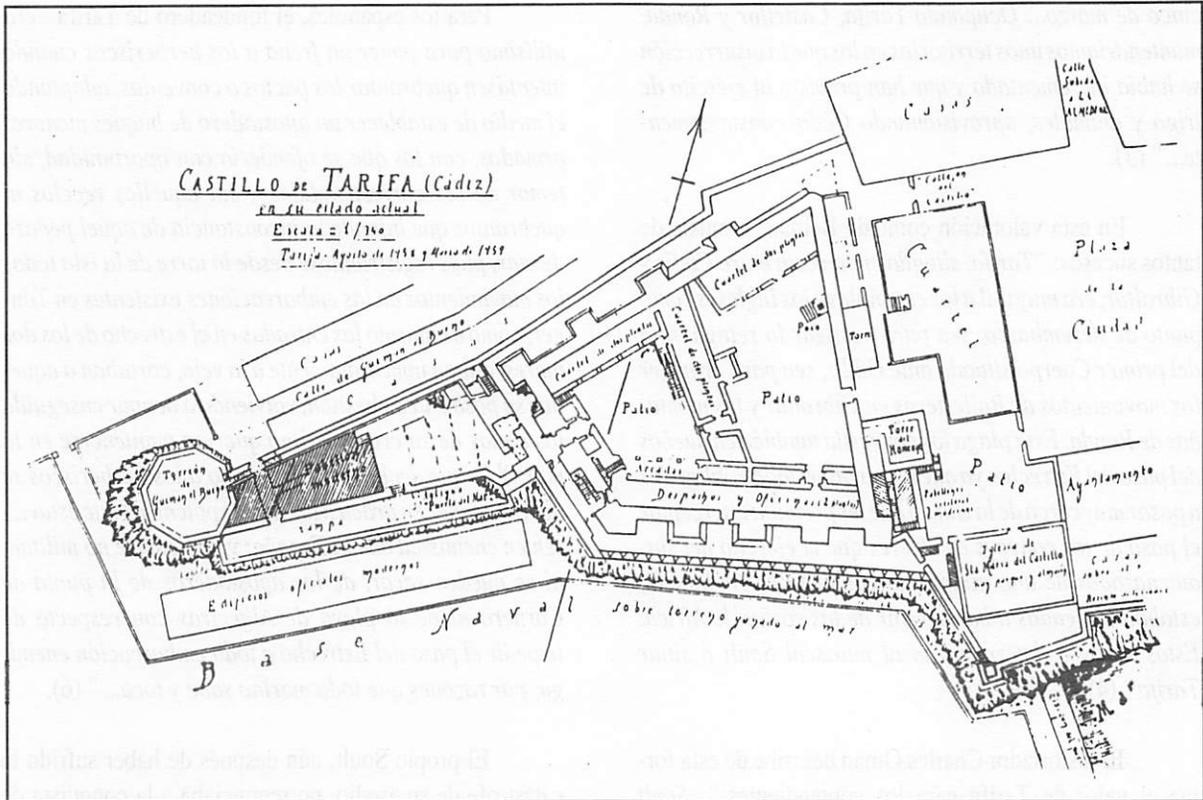
Para reforzar las actuaciones en el frente de la derecha, Ballesteros, que se ocupaba de hostilizar a los franceses en el Condado de Niebla, fue llamado por la Regencia en agosto de 1811. A tal fin desembarcó en septiembre en Algeciras, manteniendo en jaque continuo a las fuerzas de Rignoux, quien perdió seiscientos hombres en el enfrentamiento que sostuvieron en San Roque durante ese mes. La destrucción de Ballesteros se convirtió en un importante objetivo para Soult; tarea difícil, pues

Ballesteros aparecía por doquier, causaba daños al enemigo y buscaba refugio en Gibraltar.

Soult envió contra Ballesteros un ejército de diez mil hombres: el General Godinot dejó la provincia de Granada y avanzó hacia él por Marbella y Manilva; Barrois y Semellé dejaron el cerco de Cádiz para avanzar el primero por Castellar y el segundo por Vejer y Los Barrios, intentando un movimiento envolvente que acabara con aquél. No fue posible por el siempre seguro refugio de Gibraltar.

Los tres generales franceses se concentraron entonces en San Roque, y allí decidió Godinot la conquista de Tarifa. Siendo Gibraltar inexpugnable, el control de la comarca tarifeña, con el importante nudo de comunicaciones que significaba Facinas, permitiría una posición mucho más cómoda para el control de Ballesteros. Sin embargo, Godinot no pudo más que acercarse porque, habiendo acordado que sus tropas y su artillería accederían a la ciudad por la Torre de la Peña, cuando el dieciocho de octubre iniciaron el paso por el desfiladero, los barcos ingleses que vigilaban la costa les sometieron a un fuego intenso, obligándolos a retirarse. Y es que Tarifa había sido reforzada ya con una fuerza inglesa de mil doscientos hombres al mando del Coronel Skerret y una fuerza española similar al mando del General Copons manteniéndose vigilados desde el mar los accesos a ella.

Tres días más tarde, los generales franceses abandonaban el Campo de Gibraltar. Godinot en dirección a Sevilla y Semellé, desde Ubrique hacia Ronda, en cuyas inmediaciones se vio sorprendido y cogido entre dos fuegos entre los serranos y Ballesteros, sufriendo una fuerte derrota y siendo perseguido en su huida. Presentado Godinot en Sevilla, Soult le hizo responsable de esta serie de fracasos, y en un gesto más de la animadversión que le profesaba, lo mandó arrestar en su casa, lo que llevó a Godinot a quitarse la vida en su cama con el fusil de un soldado de su guardia (2). De nuevo tomaba Soult buena cuenta de la importancia de tomar Tarifa.



Tarifa en la transición al S. XIX. (Archivo General de Simancas)

UNA CIUDAD DESEADA POR TODOS

El valor estratégico de la ciudad de Tarifa era comprendido por todas las fuerzas en conflicto. El Mariscal Duque de Bellune lo manifestaba de esta forma:

“La importancia de la ciudad de Tarifa por su posición avanzada a la entrada del estrecho de Gibraltar frente Tánger, entre Cádiz y Gibraltar, a la salida de las montañas y al extremo de la llanura del Salado, rica en rebaños y pastos, era demasiado clara para no atraer la atención de españoles e ingleses; éstos, tenían gran interés en conservar este puerto porque la seguridad de su comercio entre el Mediterráneo y el océano dependía de él, ya que unos corsarios franceses situados en Tarifa interceptarían sus convoys y los aprovisionamientos de víveres que la guarnición de Gibraltar retira regularmen-

te de Tánger. Los españoles no tienen menos interés que los ingleses en guardar esta plaza, desde donde la Junta insurreccional mantiene el contacto mas activo con los insurgentes de las montañas de Ronda y se les envía armas y municiones... Desde la llegada del primer Cuerpo ante Cádiz he comprendido la importancia que tenía para la continuidad de estas operaciones y para prevenir la insurrección que estallaría después en las montañas de Ronda, la ocupación de Tarifa, que los enemigos habían ignorado defender hasta entonces. Dueños de este punto, de Ronda... y de algunos otros intermedios, nos llevaríamos a Cádiz recursos inmensos en subsistencias que esta ciudad no ha cesado de obtener de todo el litoral, desde la desembocadura del Barbate hasta Algeciras; al mismo tiempo, privaríamos a los enemigos de la única salida por la que podrían llegar con la artillería sobre la izquierda de nuestra línea, por donde acababan de atacarnos el

cinco de marzo... Ocupando Tarifa, Castellar y Ronda, mantendríamos unos territorios en los que la insurrección se había incrementado y que han provisto al ejército de trigo y animales, aprovisionando Cádiz constantemente..." (3).

En esta valoración coincide Belmas, cronista de tantos sucesos: *"Tarifa, situada en la costa entre Cádiz y Gibraltar, era muy útil a los españoles y los Ingleses como punto de desembarco, sea para hostigar la retaguardia del primer Cuerpo situado ante Cádiz, sea para proteger los movimientos de Ballesteros en Gibraltar y las montañas de Ronda. Esta plaga los convertía también en dueños del paso del Estrecho, ya que los navíos estaban obligados a pasar muy cerca de la isla, lo que les permitía interceptar el paso de los convoys de víveres que el ejército del sur, amenazados de una indigencia completa en Andalucía, estaban obligados a hacer venir de las costas de Africa. Estos motivos determinaron al mariscal Soult a sitiar Tarifa" (4).*

El historiador Charles Oman describe de esta forma el valor de Tarifa para los contendientes: *"...Soult estaba intentando abrir comunicación con los moros de Tánger de los que esperaba (1811) conseguir caballos para su artillería y bueyes para su ejército en Cádiz, pero nada de ésto podía conseguir mientras Tarifa fuera el nido de avituallamiento de corsarios que se agolpaban en el estrecho, a pocas millas de la costa de Marruecos. (Sin embargo)... la principal razón de atacar Tarifa era que hacia poco tiempo se había convertido en cuartel general de una pequeña fuerza de ataque anglohispana que había estado hostigando la retaguardia de las líneas ante Cádiz... No menos importante era que Tarifa constituía una de las dos bases de apoyo que Ballesteros utilizaba en su labor de hostigamiento a los franceses. La otra, Gibraltar, era inexpugnable, pero Tarifa no lo era, siendo muy útil como puerto de calada para embarcaciones de Cádiz al Mediterráneo, especialmente para la flotilla inglesa de balandres, bergantines y cañoneras que abarrotaban las costas de Andalucía y las hacían casi impenetrables al enemigo..." (5).*

Para los españoles, el fondeadero de Tarifa *"era utilísimo para poner un freno a los berberiscos cuando intentasen quebrantar los pactos o convenios, adoptando el medio de establecer un apostadero de buques menores armados, con los que se ofendería con oportunidad, sin temor de ser correspondidos y sin aquellos recelos ni quebrantos que infunde la inconstancia de aquel pedazo de mar, pues registrándose desde la torre de la isla todos los movimientos de las embarcaciones existentes en Tánger, como así mismo las entradas en el estrecho de los dos mares, daban inmediatamente a la vela, cortaban a aquellas su paso o la embestían, volviendo a ocupar enseguida las aguas de su crucero si no querían mantenerse en la mar. Y lo que decimos con respecto a los berberiscos se debe entender en orden a las demás potencias que estuviesen en enemistad con la España: ventajas que no militan, ni se pueden sacar, de los apostaderos de la punta de Carnero ni de la playa de Algeciras con respecto de impedir el paso del Estrecho a toda embarcación enemiga, por razones que todo marino sabe y toca..." (6).*

El propio Soult, aún después de haber sufrido la catástrofe de su asedio, no renunciaba a la conquista de Tarifa, que consideraba clave para el desarrollo de la guerra: *"...No puedo, sin ocupar Tarifa, sacar de Africa los granos que he hecho comprar allí; si no los recibimos, a la tropa del sitio de Cádiz le faltaría irremediamente el pan en dos meses. Estamos amenazados de penuria; el precio de las provisiones es exorbitante, la ocupación es muy importante para terminar la guerra de las montañas de Ronda y poder impulsar las operaciones ante Cádiz..." (7). En el mes de Octubre último, cuando se hizo la primera expedición, se debía haber tomado la plaza; el poco acuerdo que hubo allí entre los generales ha hecho fracasar la empresa; esta vez ha habido más determinación, y el resultado, sin embargo, nos ha sido desfavorable. Lo haré de modo más seguro cuando esté en condiciones de empezar de nuevo..." (8).*

LOS PRELUDIOS DEL ASEDIO

El asedio de Tarifa de 1811 no fue el primer

contacto de la ciudad con las tropas francesas.

Caída Sevilla en febrero de 1810 y refugiada la regencia en Cádiz, los franceses acudieron inmediatamente a esta ciudad pisando la retaguardia de las tropas de Alburquerque, que se retiraba de Extremadura y Sevilla ante el avance de aquellos. El 5 de Febrero de 1810 llegaron los franceses a la costa desde Jerez, ocupando en los días sucesivos la desembocadura del Guadalquivir, Rota, Puerto de Santa María y Chiclana. En Medina Sidonia establecieron un fuerte destacamento de observación, y al tiempo que emplazaban las baterías y espaldones para el sitio de Cádiz, numerosos destacamentos procedían a la exploración de toda la provincia y serranía.

El primer contacto de Tarifa con los franceses se produjo el 13 de marzo de 1810 cuando una columna de caballería intentó penetrar por el Boquete de la Peña, siendo rechazados por treinta paisanos que les opusieron resistencia. Al día siguiente, temiendo con razón que el intento se repitiera, un cuerpo de unos mil paisanos de Tarifa, Algeciras y Los Barrios volvieron a enfrentarse con el enemigo. Sin embargo, la columna francesa, que había sido reforzada con tropas de infantería, ocupó las alturas circundantes y organizó una auténtica carnicería entre el paisanaje. Este encuentro es descrito por el párroco de Tarifa del siguiente modo:

“En el día catorce de marzo de 1810, por la mañana, en el boquete de Torre de la Peña y falda de la Torre y sierra de Enmedio, cara a la fuente de la Jerrumbrosa, hubo un ataque reñidísimo como de seiscientos franceses, los doscientos coraceros de a caballo y cuatrocientos de infantería, y como cuatrocientos patriotas nuestros reunidos de Algeciras, San Roque, Los Barrios y Tarifa, y habiendo forzado aquellos los puntos defendidos, dominaron la colina de dicha sierra y punto de dicha Torre y Boquete de la Peña, en que murieron en defensa de la Patria los naturales y vecinos de esta ciudad que pudieron conocerse y son los siguientes, de los cuales pudieron transportarse unos a esta ciudad dándoles sepultura eclesiástica, y los demás, que no pudieron ser



Francisco Copons y Navia. Grabado de un retrato familiar.

traídos a ella por el Gobierno, se sepultaron por la Diputación nombrada a este efecto en aquellos sitios más proporcionados que se tuvieron por convenientes, cuyo número total sigue.. (viene una relación de treinta y tres vecinos de Tarifa, fallecidos en el ataque)” (9).

Después de este choque los franceses avanzaron hacia Tarifa, cuyas puertas se habían cerrado, con la intención de penetrar en ella y abastecerse. Pero una representación de la ciudad se adelantó a parlamentar con el enemigo, ofreciéndole víveres en abundancia, que hicieron innecesaria la ocupación de la plaza, resultando el enfrentamiento un episodio más del cobro de tributos que los franceses exigían a los naturales (10).

Buena cuenta habían tomado los franceses de los recursos de esta ciudad y decididos a tomarla se presentaron un mes más tarde, el veintiuno de abril a las nueve de la mañana, ante ella. Se trataba de una columna formada por seiscientos infantes y cien caballos que procedentes de

las líneas de Cádiz se habían dirigido por Conil y Vejer hacia el Campo de Gibraltar. Sin embargo, la ciudad, después del ataque del mes anterior, había sido reforzada con un destacamento español al mando del Brigadier Manuel Torres Valdivia y del Teniente Coronel Baltasar Pineda, así como por un destacamento inglés mandado por el Sargento Mayor Brown.

Conociendo los oficiales españoles la llegada de los franceses y temiendo enfrentarse con sus fuerzas al enemigo, marcharon hacia Algeciras el día anterior con el fin de obtener refuerzos. La defensa fue realizada, pues, por el sargento inglés, quien decidió colocar en las murallas sólo a los paisanos, a fin de no dar idea exacta de sus fuerzas, mientras sus tropas esperaban el momento idóneo de abrir las puertas y lanzarse sobre el enemigo. Después de una hora de fuego cruzado sobre la muralla, los franceses pensaron que ya podían asaltarla y avanzaron hacia ella. Salió, entonces, el sargento inglés con sesenta soldados por la puerta del Retiro, y cubiertos por el fuego redoblado del paisanaje, sorprendieron al enemigo en el arrabal, quien no sabiendo que más podía venir, emprendió la fuga con algunas bajas, mientras que solo se contó un artillero muerto en la defensa de plaza (11).

El catorce de octubre de 1811 el General Semellé recibió órdenes de realizar una expedición de reconocimiento sobre Tarifa y de tomar la plaza si le era posible. Se dirigió a ella por Los Barrios, mientras que Godinot y Barrois quedaban en San Roque para controlar a Ballesteros e impedir su movimiento. Como resultado de esta operación, los franceses tomaron conocimiento de que la plaza había sido puesta en estado de defensa y que la guarnición había sido reforzada considerablemente con tropas españolas e inglesas, concluyendo que la ciudad no podría tomarse si no era mediante un asedio (12). Sin embargo, el dieciocho de octubre el propio Godinot realizaría un intento de dirigirse hacia la plaza, que ya hemos mencionado, y que fue imposibilitado por la defensa que los navíos ingleses hicieron del paso de La Peña (13). Esta conquista, concebida como una venganza de Godinot contra Ballesteros, determinó su retirada y la de Semellé del Campo de Gibraltar.

Tarifa, por estas fechas, ya estaba suficientemente preparada para hacer frente a expediciones de este tipo. Poco tiempo antes el propio Ballesteros había estado en la plaza revisando sus defensas. El periódico gaditano *El Conciso*, que tuvo un "corresponsal" en ella desde que fueron conocidos los planes de asedio, informaba así de esta visita: "*El quince (de Septiembre) salió el General Ballesteros de Alcalá y a las nueve de la noche le vimos entrar en esta ciudad. Aunque nos sorprendió su venida, no pudo evitar que este pueblo le mostrase su admiración y afecto. Media hora antes se supo su llegada y fue recibido con iluminación, repique de campanas y aplausos. El dieciséis reconoció el pueblo, campo, bahía y las obras del arrecife e isla, y el diecisiete, en la madrugada, partió*".

LA FRAGILIDAD DEFENSIVA DE TARIFA

La situación de la ciudad en el momento del asedio es descrita por el historiador Charles Oman de la siguiente forma: "*Este pequeño sitio en decadencia, de seis mil almas, nunca había sido fortificado al estilo moderno y estaba rodeado sólo de una muralla medieval de ocho pies de grosor, con torres cuadradas insertadas en la misma a intervalos. Había una ciudadela, el castillo de Guzmán El Bueno, que también era una construcción del siglo XIII y todo el complejo, aunque era defendible ante un enemigo desprovisto de artillería, era vulnerable ante cañones de asalto. La ciudad es descrita por uno de sus defensores como "durmiendo en un agujero", ya que estaba completamente dominada por una cadena de lomas de pequeña altura, a una distancia no mayor de trescientas yardas por su frente norte. En el mar, a media milla de ella, había una isla rocosa conectada con la tierra principal por una línea de arena muy estrecha, que estaba muy bien situada para servir como punto último de refugio para la guarnición y que había sido cuidadosamente fortificada. Estaba defendida por baterías, una de las cuales descansaba entre un promontorio de arena y la ciudad. Un fuerte, Santa Catalina, había sido alzado en el punto en que el istmo se unía a la península; se habían levantado algunos edificios para que sirvieran de refugio a la tropa, una gran serie de cuevas (cuevas de los Moros), habían sido convertidas en*

ciudad por un canal. Fue en 1791 cuando el Intendente del Ejército, D. Antonio González Salmón, entonces Cónsul General en Marruecos, se desplazó a la ciudad, estudió la configuración de la zona y elaboró un proyecto para cerrar el canal y construir un fondeadero preparado para dar cobijo a seis navíos de línea, doce fragatas y seis embarcaciones menores. El ingeniero hidráulico D. Tomás Muñoz apoyó el proyecto y se estimó su costo en diez millones de reales. La falta de medios aplazó el proyecto hasta finales de 1806, siendo financiado en parte por el propio Salmón quien solicitó al gobierno poder usar como mano de obra a los presidiarios de la Isla, quienes recibirían a cambio una rebaja en sus condenas. Las obras empezaron a principios de 1807 y se concluyeron en septiembre de 1808. El canal fue cerrado, y el arrecife se había prolongado hasta tocar tierra, dejando a ambos lados dos importantes fondeaderos. También se construyó un fanal giratorio (16).

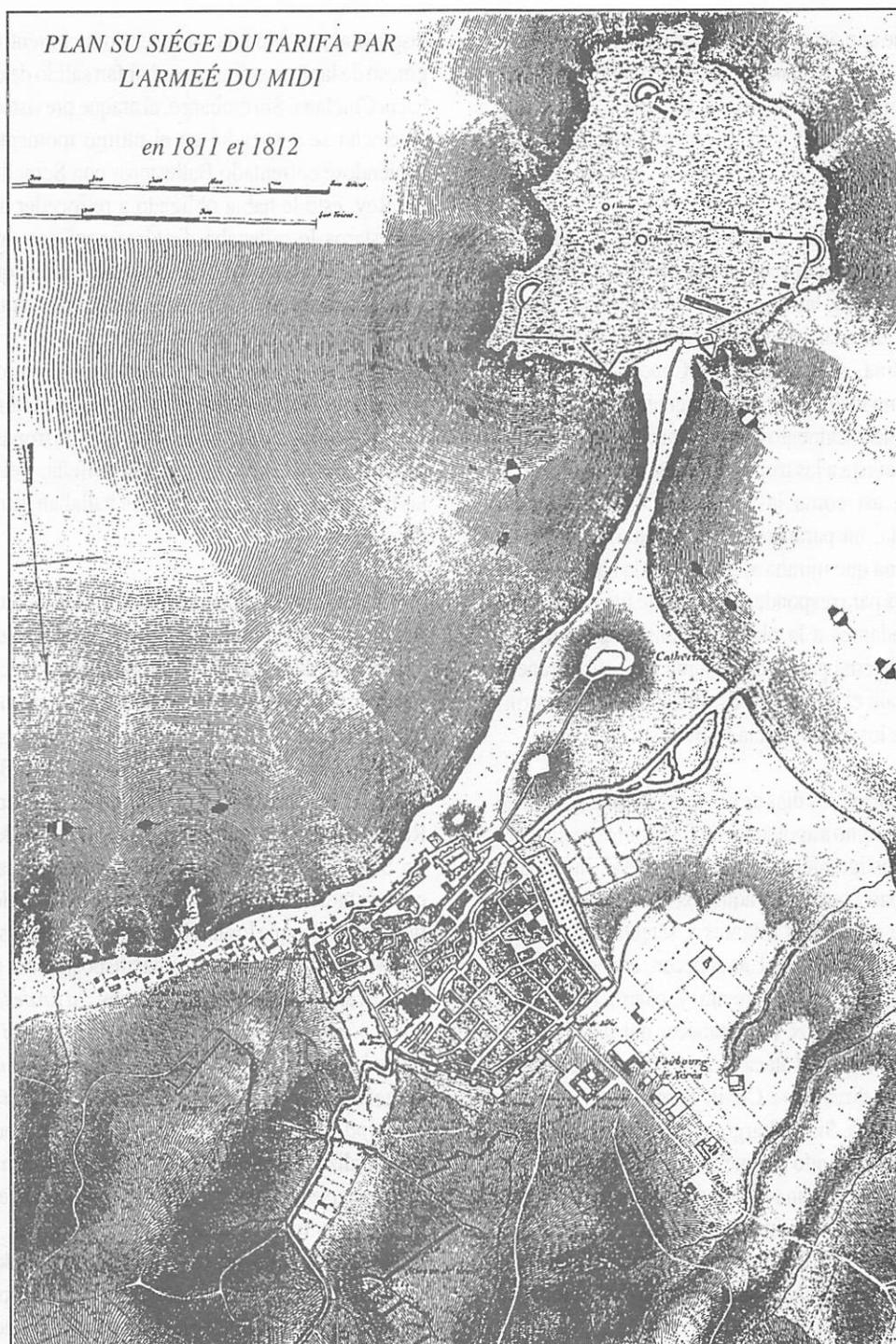
Otro factor debía ser tenido en cuenta en la configuración de la ciudad y era la existencia de un arroyo que, naciendo al pie de la loma de Varapalos, atravesaba la ciudad de oeste a este, dividiéndola en dos partes casi iguales. La entrada y salida se producía por sendos arcos, cada uno bajo una torre, cuyos rastrillos se bajaban cuando se quería impedir el paso por la bóveda. Este arroyo que permanecía seco durante el verano, podía llegar a desbordarse durante el invierno, provocando la inundación de las casas circundantes y, en todo caso, contribuía a acentuar aún más la debilidad de las murallas, especialmente por su parte norte.

Hay que señalar, además, un elemento que se mostraría determinante en el fracaso del asedio: se trata del peculiar microclima de la zona, es decir, de un conjunto de variables que confluyen frente a Tarifa en las que se combinan la configuración de las costas, el movimiento periódico de las mareas, la circulación de la corriente atlántica, que pasa bordeando la Isla, y las contrarias de levante y la incidencia de los vientos. Dada la dirección general del Estrecho este-oeste, los vientos de la zona proceden de esta orientación, soplando a veces con una ligera inclinación norte-sur. Son vientos frescos, que en

Tarifa soplan violentos e impetuosos por la mayor estrechez del canal en este punto y por la elevación de las costas. Los vientos del oeste son los que causan mayores temporales, especialmente los vendavales que soplan del suroeste provocaban temporales tan terribles, que llegaban a ser auténticos huracanes. De marzo a septiembre reinan vientos del primer y segundo cuadrante y de octubre a febrero del tercero y cuarto. Los levantes suelen soplar unos 170 días al año y los ponientes unos 150. Los cuarenta y cinco restantes serían de calma. Los meses mas lluviosos son los de noviembre, diciembre, enero, febrero y abril, en los que la lluvia se combina con vientos del segundo y tercer cuadrante, con una media de setenta días de lluvias al año. En tiempos de calma o de vientos flojos, son frecuentes las nieblas que impiden distinguir la costa a 200 metros (17). A finales del otoño, pues, la ciudad sufría fuertes temporales y lluvias torrenciales que convertían los arroyos en torrentes, hacían que se salieran de su curso y transformaban la campiña circundante en un inmenso lodazal que, cubriendo los caminos, hacia el tránsito impracticable.

ESPERANDO EL ASEDIO

Los primeros refuerzos ingleses en Tarifa se habían producido en 1810, poco después de la llegada de Soult a Andalucía. El General Colin Campbell, Gobernador de Gibraltar, había situado en ella un Batallón de Compañías de Apoyo, la 9ª, la 28ª, la 30ª y la 47ª de Infantería, pero estas fuerzas habían ido disminuyendo, siendo movilizadas en función de las necesidades. Fue en octubre de 1811, cuando ya se tenía conocimiento de las intenciones de los franceses de tomar la plaza, cuando Campbell envió a ella una Brigada compuesta de mil trescientos cincuenta y ocho hombres bajo las órdenes del Coronel Skerretz, para unirse a la guarnición original inglesa que contaba entonces trescientos noventa y dos hombres (18). Estas cifras muestran una ligera variación con los datos de Copons, quien señala que había en ella una fuerza de Infantería inglesa de quinientos sesenta hombres, bajo el mando del Mayor Kimqui, mas la Brigada del Coronel Skerretz, compuesta de mil ciento cuarenta y nueve Infantes y 80 caballos, con cuatro piezas de artillería



El plano refleja las líneas de trincheras construidas por los franceses frente a la Puerta del Retiro, y las líneas defensivas anglo-hispanas construidas en la Isla.

volantes lo que sumarían mil setecientos ochenta y nueve hombres de todas las clases (19). Las fuerzas inglesas debían actuar bajo las órdenes del General Copons, que desembarcó en la plaza con un contingente similar el veinticinco de octubre.

Nada más llegar Copons recorrió las fortificaciones de la plaza. Al atardecer, conferenció con Skerretz, quien le informó de las posiciones del enemigo en ese momento, dividido en tres columnas situadas en Ubrique, Ronda y Medina. Al día siguiente, Copons reconoció la campaña acompañado de varios ingenieros, situando en varios puntos destacamentos de información. El veintisiete, tras pasar revista a las tropas inglesas, reconoció la Isla con Skerretz, así como las obras que había mandado realizar en ella: un parapeto de mampostería relleno de tierra en la zona que miraba al norte, donde había situado cuatro cañones para responder a un posible fuego desde las alturas circundantes a la plaza. Copons dispuso que se habilitara la cisterna para recoger agua y los subterráneos construidos bajo el dominio musulmán. También restringió el paso de los civiles hacia el Boquete de la Peña.

En los primeros días de noviembre, la actuación de Copons se encaminó a apoyar las de Ballesteros realizando acciones de hostigamiento contra Vejer. Así, informado de que la ciudad contaba en aquellos momentos con una guarnición de quinientos infantes y setenta caballos, se dirigió a ella el día seis al anochecer, con una fuerza hispano-inglesa de mil cincuenta y cuatro hombres y ciento dieciséis caballos. Al amanecer del día siguiente estuvo frente a la ciudad atacándola y poniendo en fuga a los franceses en dirección a Conil. Tomaron posiciones y regresaron a Tarifa. Sin embargo, al ser ocupada de nuevo por los franceses cuando sus fuerzas se retiraron, salió de nuevo el día once, con una fuerza de mil cuatro hombres, que de nuevo pusieron en fuga a los franceses hacia Conil sin presentar batalla (20). En esta ocasión un destacamento inglés formado por setenta hombres quedó en la ciudad al mando de un capitán de caballería.

Copons se dirigió hacia Alcalá de los Gazules donde permaneció en los días sucesivos y desde allí se

dispuso atacar Medina, al tener conocimiento de que el grueso de las tropas francesas habían salido de esta ciudad hacia Chiclana. Sin embargo, el ataque previsto para el día dieciocho se suspendió en el último momento, ya que, habiéndose enfrentado Ballesteros con Semellé en Prado del Rey, este le había obligado a retroceder a Castellar. Ballesteros le ordenaba dirigirse aquí con sus fuerzas, enviando también los ingleses que habían quedado en Vejer, para, reunidas allí, dirigir un ataque conjunto contra los franceses. Sin embargo, nada más llegar Copons a Castellar, recibió una nueva orden de Ballesteros de replegarse hacia Tarifa, ya que él lo hacía hacia Gibraltar, pues se estaba produciendo un movimiento de tropas francesas desde Prado del Rey a la campaña tarifeña, y el día veinte, las fuerzas españolas e inglesas se hallaban de nuevo en la plaza (21).

Era fundamental para Soult tener inmovilizado a Ballesteros mientras le privaba de su base de apoyo en Tarifa, a fin de evitar que sus tropas fuesen atacadas por la retaguardia. Para ello, proyectó una concentración de fuerzas frente a Gibraltar ordenando al General Barrois que dirigiera a su ejército desde Ronda a Los Barrios, y al General Leval que dirigiera al suyo desde Antequera a San Roque, marchando juntos ambos generales desde Estepona. En San Roque recibirían nuevas instrucciones sobre la conquista de Algeciras, advirtiéndoles ya de que si al llegar a San Roque los habitantes de Algeciras se retiraban hacia la Isla Verde, debían tomar disposiciones para hacerlos volver, respetando vidas y bienes, *“a fin de tener buena imagen entre una población que ejerce gran influencia sobre los habitantes de Ronda y de controlar una ciudad (Algeciras) que ofrece una gran cantidad de recursos de todo tipo”* (22). Este tapón resultaría eficaz, pues Ballesteros realizó una salida desde Gibraltar a Jimena con el fin de proveerse de hombres y recursos, y siendo atacado por Leval, tuvo que replegarse hacia Algeciras, donde sus tropas embarcaron hacia Gibraltar, eludiendo así a las tropas francesas que ocupaban San Roque. Copons, que le acompañaba en esta expedición, embarcó inmediatamente hacia Tarifa al tener conocimiento de que el mariscal Víctor se dirigía hacia ella con cinco mil hombres y gran número de piezas de artillería.

Nada más llegar, Copons ordenó fortificar el cerro de Santa Catalina por el frente de tierra, colocando en él un cañón y elevando líneas de estacas desde la Puerta del Mar hasta la Isla, así como en el camino de La Caleta. En el interior de la ciudad, tampoco había cesado la preparación de las defensas. Valorándose que las murallas eran tan débiles que poca resistencia podían ofrecer, se consideraba que la defensa real de la plaza estaba en el laberinto de sus calles. Todas las casas que daban a la parte norte de la muralla fueron fortificadas. En las calles inmediatas se levantaron barricadas y se prepararon túneles de escape. Las encrucijadas se bloquearon con rejas de las ventanas de las casas, que habían sido requisadas. La presencia del arroyo saliendo por la muralla norte, hacía esta zona aún más vulnerable; por ello, en el lado interior se excavó en el suelo, hasta conseguir un escalón de catorce pies de profundidad, que se cubrió con una maraña oculta de rejas y empalizadas que convertirían la zona en un pantano de muerte para quienes se arrojaran en ella (23).

DESCRIPCIÓN DEL ASEDIO

El veintinueve de noviembre los franceses pusieron en marcha la operación de conquista de Tarifa. Los primeros preparativos se habían concentrado en Puerto Real, con el mayor secreto, por el General D'Aboville, comandante de la artillería frente a Cádiz. Se trataba de un primer tren de artillería compuesto por cuatro piezas del calibre dieciséis, cuatro del calibre doce y cuatro obuses, con equipamiento para realizar quinientos tiros por pieza. Para el transporte, fueron concentrados en la ciudad cuatrocientos sesenta caballos. El Duque de Bellune cursó instrucciones al General Pescheux para que dirigiera sus tropas por Tahivilla hacia el puerto de Ojén, dejara aquí un contingente que controlara Facinas y garantizara las comunicaciones de aquel con el General Barrois. Otra parte de sus fuerzas debía ser enviada hacia Tarifa por La Luz, la Torre de la Peña y El Valle. El General Barrois debía establecerse en Los Barrios y Leval permanecer en San Roque. Los Generales Garbé y D'Aboville debían poner en marcha la artillería desde Chiclana, Conil y Vejer.

Para realizar esta importante operación, existían graves dificultades. Una de ellas era que, al estar la campiña tarifeña bastante despoblada, los franceses debían llevar consigo las provisiones que los soldados debían consumir, manteniendo abiertas las comunicaciones en todo momento con su base, a fin de proveerse en ella de todo lo necesario. También era dificultoso el transporte del convoy de asalto y por último había que resolver el paso de las dieciséis piezas de artillería, las municiones y todo el tren de asalto por un pasillo entre el mar y la Laguna de la Janda, que era dominado por los buques ingleses situados frente a la costa, para decidir, al llegar al Boquete de la Peña, el acceso a Tarifa. A partir de aquí, había dos opciones: introducirse en la campiña a través de una vereda que, pasando por Puerto Llano, desembocaba en la ermita de La Luz, que no era más que un camino de mulas; o elegir el único paso que había más al norte, pero que en algunos kilómetros corría paralelo a la costa, que fue considerado por los ingenieros como el único paso practicable para la artillería y corría a través del Valle, Casas de Porro y Torre de la Peña.

El tres de diciembre Copons ordenó una salida de la división desde Tarifa a Puerto Llano para reconocer las posiciones enemigas. Una avanzadilla mantuvo un fuego cruzado con los franceses, provocándoles algunos muertos y heridos, regresando al atardecer con la pérdida de un soldado. Como resultado, el día cinco mandó un destacamento hacia el Boquete de la Peña formado por cuarenta soldados de infantería, una compañía de cazadores y sesenta presidiarios que, protegidos por la caballería hispanoinglesa que les acompañaba, debían inutilizar el paso allí existente, practicando profundos cortes en el terreno. Sin embargo, las lluvias caídas en ese día fueron tan intensas, que debieron volver a la plaza, mientras los franceses recibían órdenes de Vejer para construir puentes sobre arroyos y torrentes que les permitieran el avance.

Las medidas de defensa continuaban en el interior de la plaza: las tropas se distribuyeron ocupando los puntos estratégicos: Puerta del Mar, cerro de Santa Catalina, la



Juan de Dios Soult, mariscal de Francia (Museo de Versalles)

Isla, el convento de San Francisco y la Puerta de Jerez. Se organizaron patrullas de vigilancia nocturna. Se estableció un hospital de sangre en el castillo y quedaron constituidas cuadrillas de trabajadores para actuar en diferentes puntos de la ciudad en caso de incendios, para lo cual se concentraron cubos, tinas, etc. en tres puntos: el atrio de la Iglesia Mayor, la plaza de Santa María y el convento. Para evitar la falta de víveres, se formó una Junta de Socorro integrada por el vicario y los párrocos, dos regidores y cuatro vecinos principales quienes, tras levantar acta de las cesiones de bienes que se realizaban, se ocuparían de la distribución de alimentos. Así mismo, fueron preparados trescientos colchones, cuerdas, estacas, etc. por si se abría una brecha en la muralla, defenderla.

El día seis se reanudaron los trabajos en el Boquete de la Peña para inutilizar el camino, aunque el avance de

los franceses les obligó a retirarse pocas horas después. Tres lanchas cañoneras españolas y dos inglesas se situaron frente a La Peña. A la mañana siguiente intentaron reanudar los trabajos, produciéndose una refriega con una avanzadilla francesa, de la que obtuvieron un prisionero. Estos trabajos fueron continuados el día nueve, cuando, tras dejar una corta guarnición en la plaza, salieron de madrugada acompañados por doscientos paisanos.

Desde el día ocho estaban concentradas en Vejer las fuerzas que debían participar en el sitio: quince mil hombres, aunque sólo diez mil tomarían parte en el asedio de la plaza (24). El mando de las operaciones quedó distribuido de la siguiente forma: Pescheux quedaba a las órdenes de Barrois y los dos a las de Leval. Víctor, que ostentaba el mando supremo de las operaciones, se desplazaría desde Vejer. Leval, por su parte, dividió el cuerpo expedicionario en dos batallones: uno, llamado "campamento volante", estaría formado por tres mil hombres de infantería y entre quinientos y seiscientos caballos; tendría adscrito dos generales y actuaría desde San Roque con la función de mantener a Ballesteros encerrado en Gibraltar, o de replegarse por Los Barrios hacia el puerto de Ojén si aquel conseguía movilizarse. El segundo batallón estaría compuesto por cinco o seis mil hombres que debían estar concentrados en el puerto de Ojén en la noche del ocho al nueve para avanzar hacia Tarifa, contaría con cuatro generales. La artillería pasaría desde Facinas a Tarifa por la Torre de la Peña protegida del fuego enemigo por baterías construidas al efecto y el sitio comenzaría el día diez (25).

Pero el día nueve empezó a llover tan torrencialmente, que los batallones del cuerpo expedicionario quedaron incomunicados entre sí. Víctor no pudo pasar de Vejer, ya que la laguna de La Janda se había desbordado cubriendo todos los caminos hasta Facinas. La mayor parte de las municiones se estropearon y desde la línea del bloqueo de Cádiz debieron ser enviados convoyes suplementarios para reponerla, así como los víveres, que se habían consumido. Los soldados pudieron resistir refugiados en las alturas, donde estuvieron dos días sin provi-

siones, pues una parte de las mulas y los caballos perecieron bajo las aguas.

Las lluvias caídas hasta el día trece fueron tan intensas, que el General D'Aboville envió un informe al cuartel general de Vejer sobre el estado del terreno y las dificultades para conducir la artillería. La respuesta de Víctor fue contundente: *“General: Su empresa sobre Tarifa está demasiado comprometida para renunciar sin vergüenza. Las dificultades para conducir nuestra artillería sobre esta plaza son grandes, pero no insuperables. Los informes que le han dado al respecto, son exagerados. Se habla de rocas que obstruyen el camino, de barrancos profundos y anchos sobre los que hay que construir puentes; de pantanos etc.. Todo esto no es exacto. Las pretendidas rocas pueden ser fácilmente deshechas por algunos zapadores. Los puentes para los que necesitaría tantos materiales no son necesarios. Se puede entrar en los barrancos suavizando las pendientes y afirmando los bordes fangosos con haces de leña. Los pretendidos pantanos que se dicen frecuentes también pueden hacerse firmes con un poco de trabajo. En cuanto a los materiales para los trabajos, puede que escaseen a su alrededor, pero a medida que avance hacia Tarifa los encontrará. Sus afirmaciones sobre las dificultades de encontrar cerca de Tarifa las maderas necesarias para la construcción de sus plataformas no me parecen fundadas. El gran número de casas de campo que encontrará allí nos ofrece sin duda todo lo que podría desear al respecto. He escrito esta mañana al General Leval para darle cuenta de nuestra intención de que la artillería del sito sea puesta enseguida en movimiento y conducida con toda la rapidez posible hacia los caminos de Vejer y el Valle...”* (26).

El día catorce se puso de nuevo en movimiento la artillería (algunas piezas debieron ser sacadas del barro tiradas por cuarenta caballos). Los franceses, ante la reciente inundación, comenzaron a construir un nuevo camino por la Sierra de Retín que garantizara las comunicaciones entre Tarifa y Vejer durante el cerco. Otro grupo de zapadores precedía el avance de los tres convoyes que conducían la artillería, allanando los caminos. Dos bate-

rías construidas junto al mar en la Torre de la Peña se encargarían de alejar a las dos fragatas, una goleta y cinco chalupas cañoneras que vigilaban desde la costa, garantizando el paso de la artillería por el desfiladero.

El día dieciocho Leval y Víctor habían conseguido reunirse en Facinas, concentrando una fuerza aproximada de doce mil hombres, pero cerca de cien mil cartuchos se habían averiado por el agua por lo que se ordenó venir de Puerto Real un nuevo convoy de artillería y municiones. El avance era inminente, lo que llevó a Copons a dar una proclama a la población civil exhortándola a *librar vuestras personas y caudales, trasladándolos a Algeciras, Gibraltar o Ceuta*. Ese mismo día se produjo una acción combinada de las fuerzas españolas: la división española, mandada por Copons y la brigada inglesa salieron de la plaza hacia Salada Vieja, encontrando una partida de doscientos franceses y manteniendo una refriega con el General Chasseraux. Ballesteros sorprendió la retaguardia francesa por el puerto de Ojén con dos mil hombres, de manera que el enemigo se vio atacado por dos frentes. Sin embargo, Barrois respondió a su ataque con una columna completa, obligándole a retroceder hacia San Roque y el propio Ballesteros estuvo a punto de ser apresado.

El mismo día dieciocho D'Aboville recibía instrucciones para que el asedio comenzara al día siguiente. Para ello, se reorganizaron las fuerzas de los dos batallones. El primero, mandado por Barrois, se situaría en el camino de Algeciras a Tarifa para impedir la ayuda de Ballesteros por esta vía, manteniendo una avanzadilla de caballería que le informaría de los movimientos del enemigo pero con órdenes de dirigirse a Facinas si Ballesteros atacaba en aquella posición. La Primera División tomaba posiciones en la Virgen de la Luz. El Coronel St. Claire cubriría las posiciones de Ojén y Facinas, destacando una Compañía en el Valle para defender el depósito de artillería y otra en los molinos de Vejer. Su misión se consideraba de gran importancia, ya que consistía en proteger la retaguardia informando a sus superiores de los movimientos del enemigo en campo abierto. El Escuadrón Redan cubriría los caminos de Vejer a Tahivilla protegiendo el

paso de los convoyes y el Escuadrón Kosman se distribuiría entre las salidas de Casas Viejas, el Cuervo y Casas de Castaños. Por último, las fuerzas destacadas en Conil vigilarían la costa desde Sancti Petri a Trafalgar por si Ballesteros, apareciendo por la retaguardia, intentara una acción combinada con las fuerzas de Cádiz y la Isla de León, en cuyo caso Barrois debía dirigirse inmediatamente a Chiclana.

El día diecinueve fue el primer día del cerco. Los franceses habían avanzado hacia las inmediaciones de la plaza, obligando a retroceder a las avanzadillas españolas e inglesas, comenzando hacia las tres un fuego cruzado que se mantuvo hasta el atardecer. A la mañana siguiente los franceses habían tomado posiciones de mar a mar, aunque su cuerpo principal estaba situado detrás de las colinas que dominan el lado norte, donde no podían ser alcanzadas por el fuego de las dos fragatas británicas y las numerosas cañoneras (10 corbetas, 3 "briks" y 41 chalupas cañoneras) que, desde la Isla disparaban contra ellos con muy poco efecto. Sin embargo, Copons mantuvo el fuego toda la noche, ordenando que todas las luces de las casas se mantuvieran encendidas. Copons y Skerret habían distribuido sus fuerzas por igual, manteniendo cada uno dos batallones en la ciudad y un tercero en la Isla y en los puestos menores: Convento de San Francisco y fuerte de Sta. Catalina. (Los franceses tuvieron cuatro muertos, de ellos un oficial, y veinticuatro heridos).

El día veintiuno los franceses permanecieron inactivos, pues no habiendo llegado aún la artillería suplementaria desde Puerto Real, D'Aboville había decidido mantener estacionario el cerco. Las órdenes cursadas desde el cuartel general en este día fueron contundentes: "*Ni la plaza de Tarifa ni el convento que la domina y que es en ella como una ciudadela, están en condiciones de sostener un largo sitio y las bocas de fuego aprovisionadas de 500 disparos cada una, de que dispone el General D'Aboville en este momento, bastan para reducirla en pocas horas... Esperando la llegada de la artillería suplementaria antes de atacar, daríamos tiempo al enemigo de aumentar sus medios de defensa, manteniendo la defensa de la plaza*

mas tiempo de lo que lo haría hoy..." (27). El caso es, que aprovechando esta inactividad, los españoles e ingleses realizaron dos salidas este día y otra al siguiente, en las que se enfrentaron con las avanzadas francesas. (Copons señala que en este enfrentamiento los franceses perdieron "*gran número de soldados y oficiales*". Oman señala, sin embargo que los franceses tuvieron tres muertos y veintitrés heridos, de ellos cuatro oficiales y las tropas aliadas un muerto y cinco heridos).

El Coronel Skerret escribía al General Cook sobre esta salida: "*...El 21 el Capitán Wren del 11º, ha destruido con su compañía un pequeño piquete del enemigo. El 22º a petición del General Copons cuyas tropas se han unido a las mías, he hecho una salida con la intención de comprobar las fuerzas del enemigo. Sus tropas ligeras han sido dañadas considerablemente por nuestros obuses. El enemigo está situado actualmente a un tiro de fusil de la ciudad. El terreno que ocupa nos domina de tal forma y le es tan favorable, que nuestros pequeños cañones no producen ningún efecto sobre él...*" (28).

El día veintitrés, la artillería francesa que se esperaba empezó a franquear el paso de la Torre de la Peña, hostigada desde el mar por un navío de línea, una fragata y diez chalupas, precedida de los zapadores que iban rellenando los profundos cortes que los españoles habían hecho sobre el terreno. La superación de esta dificultad, considerada la más grave, llenó de optimismo a los franceses, quienes consideraban que "*el águila imperial estará pronto en los muros de esta plaza...*" (29).

Esa misma noche los franceses empezaron a construir la primera línea de trincheras, situada a 280 metros de la plaza, y al día siguiente, los oficiales e ingenieros que habían llegado con el convoy inspeccionaron las inmediaciones de la ciudad, determinando, como estaba previsto, que el asalto debía efectuarse por el flanco norte. Los trabajos de excavación fueron molestados por la artillería de la Isla, pero sin causar daños graves, ya que, al no dominarse desde ella las colinas del lado norte, los disparos habían de ser dirigidos desde la plaza, con escasos

resultados. Por ello pudo construirse en los días siguientes la segunda línea de trincheras, paralela a la anterior, a 150 metros de la muralla, dos plazas de armas y varias baterías de brecha desde donde atacar la muralla, cortando la cañada de Matatoro hasta el cerro de La Caleta. Los trabajos que se realizaban por la noche no eran descubiertos hasta el amanecer.

El día veinticinco Copons consideraba que la caída de la plaza era inminente, dada la proximidad de las obras de los franceses, en cuyo caso pensaba replegarse hacia la Isla. Por ello, ordenó que los archivos de la ciudad se encajonasen y se pusiesen en un buque, tanto los del Ayuntamiento como los de las parroquias. Dispuso que la caballería empezara a embarcar, pues si caía la plaza resultaría muy difícil hacerlo en la retirada, desembarcando doscientos caballos en Algeciras procedentes de Tarifa el día veintinueve (30). También ordenó que se construyera un camino cubierto desde la plaza al fuerte de Santa Catalina por el que pudiera retirarse la tropa. Para protegerlo, se clavaron rejas a lo largo de él, así como en la playa de levante y el camino de La Caleta. Copons y Skerret acordaron que las tropas españolas e inglesas no podían actuar juntas, dadas las dificultades del idioma, y se repartieron la ciudad en zonas defensivas: los ingleses cubrirían la izquierda hasta la torre de San Sebastián y los españoles desde ésta al torreón de Guzmán.

El día veintiséis comenzó a soplar un fuerte vendaval que obligó a las cañoneras españolas e inglesas a mover sus posiciones, anclando en Punta Carnero, con lo que la línea de trincheras quedaba fuera de su alcance, siendo hostigadas por los cañones situados en la Isla, la torre de Guzmán y la del Corchuelo. Durante los dos días siguientes, las lluvias fueron torrenciales, a pesar de lo cual los zapadores franceses, hundidos en el barro hasta los tobillos, consiguieron concluir las dos baterías de brecha en la colina central del lado norte: una más baja, para atacar las murallas y otra más alta, para dirigir el fuego contra la plaza. Una línea avanzada de francotiradores mantenía un fuego muy vivo y constante contra la plaza que era contestado desde parapetos construidos con numerosos sacos de

arena que habían llegado procedentes de Gibraltar. Entre los días veintitrés y veintiocho, los franceses tuvieron nueve muertos y sesenta y tres heridos.

El día veintinueve a las diez de la mañana, salió una partida de mil hombres ingleses por la playa, a la derecha del bloqueo, para reconocer los trabajos del enemigo, que fue rechazada con grandes pérdidas por la Brigada del General Pescheux. Una hora más tarde, las dos baterías de brecha empezaron a disparar; la más baja contra la muralla, armada con seis cañones de grueso calibre; la más alta, provista de cuatro morteros de alta trayectoria y dos cañones, contra la Isla.

El primer disparo atravesó la muralla y la casa colindante de parte a parte, cerca de la Puerta del Retiro. Hacia las tres de la tarde las piezas de artillería situadas en las torres de Jesús y Guzmán habían sido destruidas. Hasta las seis de la tarde en que una brecha fue abierta en la muralla, la artillería había lanzado contra la plaza 500 disparos y 100 granadas. Durante toda la noche se mantuvo un fuego cruzado entre los barcos de la Isla y las posiciones francesas. Ese día, Víctor había trasladado su cuartel general al Santuario de la Luz para seguir de cerca las operaciones del sitio. Por la noche, los franceses trabajaron en drenar las trincheras y en construir un pasaje de ochenta metros que les acercara a la plaza.

Por la mañana del treinta el fuego continuó sobre la brecha y el general Leval, considerando que ya permitía el asalto, envió al Gobernador de la plaza una exhortación a la rendición, dando a elegir “entre una capitulación honrosa o los horrores de un asalto”. Copons le envió la siguiente respuesta: “Sr. General Leval: Sin duda ignorará V.E. que me hallo yo en esta plaza cuando propone a su Gobernador el que admita una capitulación por hallarse la brecha próxima a ser practicada. Cuando lo esté, a la cabeza de mis tropas en ella para defenderla me encontrará V.S. y entonces hablaremos. Quedo a disposición de V.E. en la plaza de Tarifa el 30 de Diciembre de 1811 a las dos y cuarto de la tarde. Copons. P.D. Sírvase V. E. omitir en lo sucesivo parlamentos”. La brecha abierta tendría al

atardecer sesenta metros de anchura.

Paralelamente a estos sucesos, el Coronel Skerretz había celebrado un consejo de oficiales en el que les comunicó su decisión de retirar las tropas inglesas hacia la Isla, como paso previo para la evacuación, ya que consideraba la caída de la plaza inminente y sin defensa posible. La realidad era que en la Isla no había cobertura para todas las tropas, que hubieran debido permanecer en su mayoría a la intemperie, sufriendo los azotes del viento y la lluvia y expuestas al fuego enemigo desde la plaza. Contando con el permiso del General Cook para abandonarla, mandó destruir el cañón de dieciocho libras situado en la torre de Guzmán y eso que era el único de grueso calibre que había en la ciudad. Sin embargo, la decisión de Skerretz fue duramente resistida por el Capitán C.F. Smith, el oficial ingeniero más antiguo, por el Mayor King y por el Coronel Gough, quienes sostenían que, teniendo en cuenta las medidas adoptadas en la ciudad, bloqueadas sus calles y atrincheradas sus casas, Tarifa podía ser defendida algún tiempo calle por calle. King afirmó que, procediendo su batallón de Gibraltar, se consideraba bajo las órdenes directas de su Gobernador, el General Campbell, de quien había recibido instrucciones tajantes, de forma que si Skerretz embarcaba, él permanecería junto a Copons para defender la plaza. En la misma línea se manifestó Gough ante lo cual Skerretz disolvió el consejo de oficiales. Pero esa misma noche King envió un mensaje por barco a Gibraltar, informando a su Gobernador de los planes de Skerretz y solicitando refuerzos. La respuesta de Campbell fue inmediata: no sólo ordenaba mantenerse en sus posiciones sino que, para evitar la evacuación, ordenó a los oficiales que mandaban los transportes que dirigiesen sus barcos hacia Gibraltar. Los refuerzos de Campbell llegarían después del asalto (31).

El fuego se mantuvo toda la tarde, pero al llegar la media noche comenzó a llover de una forma tan torrencial que *“el cielo parecía que se iba a caer. Los lados de las colinas laterales parecían cataratas y el barranco del Retiro era tan ancho como un río que se arremolinaba contra las murallas llevando toda clase de objetos. Masas*

de escombros acumulados contra la empalizada se depositaron frente al rastrillo que se dobló hacia adentro y se retorció, a pesar de la gran cantidad de grapas de hierro, de forma que se abrió una puerta hacia la ciudad en la cual todo parecía flotar a través del barranco. La inundación barrió parte de los trabajos defensivos, a ambos lados de la depresión. Cuando el huracán hubo pasado, la lluvia todavía seguía cayendo...” (32).

Con motivo de la lluvia, la comunicación con Vejer había quedado cortada, no pudiendo llegar los víveres. Los franceses habían tenido que abandonar las trincheras y las baterías que quedaron completamente arrasadas por la inundación. Por la noche, los capitanes que debían guiar las columnas de asalto, Merlis, Marconnier y Vernon inspeccionaron la brecha para preparar el asalto. A la mañana siguiente, tan pronto como los hombres lograron ser reunidos, aún empapados y sin poder encender el fuego, el asalto fue dispuesto. Las fuerzas de asalto, mandadas por el General Chasseraux, fueron divididas en dos columnas: los granaderos, bajo las órdenes del Coronel Campbell, tenían la misión de atacar la brecha; los voltigueros, bajo las órdenes del Coronel Lacoste, debían forzar el rastrillo del arroyo intentando la penetración en la ciudad por ese lado y, en cualquier caso, debían distraer las fuerzas defensoras del ataque central. Casagne y Pescheux atacarían por ambos flancos para proteger el avance de la columna de asalto.

A las nueve, las fuerzas francesas se habían puesto en movimiento con gran pesadez, dado el estado del terreno, hundidos de barro hasta las rodillas, siendo recibidos a medida que se acercaban por un vivo fuego de mosquetería. La brecha estaba defendida por el propio Copons con sus tropas. Gough se situó también en la muralla, controlando la torre del arroyo; el Capitán Levessey se situó al S.E., en la torre de Jesús y el resto de las tropas se distribuyó por el frente sur de la ciudad.

Las fuerzas francesas llegaron a las murallas con gran desorden. Muchos cayeron sorprendidos en las empalizadas defensivas que se habían construido en las inme-

diaciones y los que conseguían traspasar la brecha caían en la zanja de cinco a seis metros de profundidad abierta al otro lado y cubierta con una mortal maraña de rejas. Los que atacaban por el rastrillo fueron cogidos entre dos fuegos, entre el frente de la muralla y el flanco de la torre de Jesús. El desbordamiento del arroyo en medio del combate originó la mayor confusión. Entre los atacantes, unos retrocedieron y huyeron y otros se entregaron. Aunque el ataque se había mantenido hasta las once de la mañana, no pudieron asaltar la muralla y se retiraron.

El informe del asalto que el general Leval mandó al cuartel general de Víctor en el Santuario de La Luz, ese mismo día, describía lo sucedido de este modo “...*(el avance) prometía el éxito esperado cuando un pantano que cubre todo el frente de ataque y que no había podido ser detectado les ofreció un obstáculo insuperable y les obligó a retirarse. El enemigo, emboscado en todas las terrazas de las casas, detrás de los parapetos y en las torres que el cañón no había podido destruir suficientemente, aprovechó la ocasión, realizó sobre nuestras tropas un fuego muy vivo y puso fuera de combate aproximadamente a ciento cincuenta hombres...*” (33). Por su parte Copons estimó las pérdidas de los franceses en quinientos hombres, estando hoy consideradas ambas cifras como desproporcionadas.

El General Copons ofreció a Leval una tregua de dos horas para que pudiera recoger a los heridos más distantes, puesto que los que estaban en las inmediaciones fueron atendidos en el hospital de la ciudad. Sin embargo, las intensas lluvias que comenzaron a caer impidieron la continuidad de las operaciones.

Leval, en su informe citado del día 31, describía así la situación tras el asalto: “...*la lluvia que cae por torrentes, no para, y si no lo hace pronto las comunicaciones por las que recibimos los víveres y las municiones de guerra serán impracticables. Las tropas están en una situación muy penosa, sin abrigo, sin fuego, debido a un tiempo horrible. Están de barro hasta las orejas. El General D’Aboville va a construir nuevas baterías para atacar en*

un punto más accesible y estropear las defensas del enemigo... Veinte barcos de guerra, de ellos dos fragatas, están frente a Tarifa, sin duda vienen a tomar parte en la defensa de esta plaza.. No sé si llevan tropas...”

La lluvia continuó todo el día, no permitiendo a los franceses trabajo alguno y los riachuelos se convirtieron en torrentes imposibles de franquear, dejando aisladas, sin cobijo y sin comida a las tropas, que no podían comunicar con Facinas y con Vejer. No era posible ni el contacto entre los propios sitiadores. El agua había destruido por completo las trincheras y las piezas de artillería se hundían en el barro por su propio peso. Los soldados “*agotados por la fatiga y el hambre recibían sobre su cuerpo una lluvia fría, arrojada por el viento violento, con el barro hasta las rodillas, sin tener medio de secarse o buscarse un cobijo...*” (34).

El día uno las lluvias seguían siendo torrenciales, arrastrando el arroyo hacia el interior del pueblo los cadáveres franceses del asalto del día anterior. Cinco desertores informan que si no habían levantado el cerco ya era porque el barro impedía retirar la artillería. El general Leval describía así el estado de las tropas francesas: “...*Nuestras comunicaciones, incluso con los generales, están cortadas; la artillería ya no puede hacer uso de sus piezas; las plataformas están rotas y no hay medio de repararlas; las bocas de fuego se hunden en el fango; los cartuchos de infantería y nuestros aprovisionamientos de guerra están inutilizados; las obras completamente inundadas; las tropas soportan grandes sufrimientos; muchos soldados, atacados de fiebre, erran por los campos buscando en vano un asilo; desde hace un mes soportan todos los males posibles sin proferir la menor queja, pero todo tiene un límite. Las tropas no tienen zapatos ya; no pueden dormir, ni de noche ni de día. El soldado se ve obligado a ir por las montañas a buscar zarzas, algún combustible que pueda procurarse para cocer sus alimentos, y las fuertes lluvias hacen inútiles sus penas, pues no pueden encender el fuego; además, desde hace varios días la tropa no recibe ninguna ración de pan; la dificultad en las comunicaciones impide la llegada de los víveres y ade-*

más, no hay que esperar poder continuar las obras que se habían proyectado y comenzado (las nuevas baterías de brecha); el mal tiempo y la nulidad de nuestros medios no lo permiten.

Tengo el honor de indicar a V.E. que si se hubiera tenido un perfecto conocimiento del país y de las dificultades que en él se encuentran, no se habría pensado emprender el sitio de Tarifa en una estación en la que no debemos esperar estar en seco un intervalo determinado. Además, se reconoce que nos faltan otros medios que los puestos a mi disposición para reducir una plaza que opone fuerzas tan superiores. Y suponiendo que la ciudad cayera en nuestro poder, hay que considerar que la situación de la isla y la defensa que de ella puede suponerse, exigen infinitamente más artillería que la que tenemos para rendirla, apoderarnos de ella y alejar los numerosos barcos que nos acosan. Los ingleses conceden demasiada importancia a la conservación de este punto para no llevar su defensa a los últimos extremos. Creo que no debo omitir informar a V.E. que no se puede encontrar ya nada para hacer vivir a los caballos y que si no se remedia pronto, todos morirán en pocos días; ya han muerto sesenta de los que yo he utilizado; la misma suerte espera a los de artillería. Después de estas consideraciones, vacilo en tener el honor de poner en conocimiento de V.E. que se trata de la salvación del ejército o de la pérdida de casi su totalidad, si se mantiene en esta penosa situación... En el momento en que termino esta carta recibo el informe de que los soldados abandonan la trinchera y las obras en desbandada. Temo que parte de ellos se pase al enemigo...". (35)

Leval adjuntaba con el suyo el informe particular del Mayor Guarché, Comandante del Regimiento 51 de Línea, que insistía en los mismos términos: "...el cuadro, tan doloroso como fiel, de la extrema miseria en la que se encuentra reducido el Regimiento que tengo el honor de mandar... Los fusiles están inservibles; un gran número de soldados están con los pies desnudos, postrados bajo la lluvia y hundidos en el fango; los hombres de servicio en la trinchera están con el agua hasta la cintura; la fiebre y

las enfermedades, funestas consecuencias del rigor del tiempo, causan estragos espantosos; veinticinco hombres han entrado esta mañana en el hospital y a cada instante cae un número considerable, abatidos por el peso de la fatiga o extenuados por la debilidad o el hambre, pues los servicios que después de cuatro días han llegado de Facinas no han podido entrar; los caminos están impracticables y cortados por torrentes profundos; la mayor parte de los animales que el Regimiento tenía para esta función han muerto de hambre o de fatiga o por la intemperie de la estación... Por muy doloroso que sea dirigir la mirada hacia la situación física del soldado, su situación moral no es menos inquietante: gran parte de ellos están sumidos en una apatía y en un entumecimiento que absorben todas sus facultades; los que tienen aún un poco de energía o de fuerzas las utilizan en exhalar inventivas y murmullos y es necesaria toda la firmeza y la constancia que muestran los oficiales para evitar funestas consecuencias; apenas pueden sus esfuerzos retener a los soldados en sus puestos, quienes corren en desbandada para buscar refugio..."

La respuesta enviada a media noche al General Leval desde el cuartel general en la Virgen de la Luz muestra la resistencia de Víctor a aceptar el fracaso: "...Nuestra situación es desdichada, y sin embargo, no podemos abandonarla para buscar otra más cómoda sin deshonorarnos a los ojos de toda Europa; nada podría excusar la pérdida y el abandono de nuestra artillería y de los otros medios que hemos conducido ante Tarifa con tantas penas y gastos, todos nos condenarían y los valientes Regimientos que Vd. manda perderían en un momento la gloria que gozaban y que han adquirido a lo largo de veinte años de trabajos y sacrificios. Si el tiempo mejora, los víveres llegarán y nuestras tropas podrán mantenerse y salvar su honor y el nuestro; si continúa siendo malo, quedaremos reducidos al extremo que yo temo y entonces procederemos a la salvación de nuestros bravos y desgraciados soldados; esperemos un día o dos; encarezca a los oficiales que permanezcan continuamente con la tropa; dígales a todos que de nuestra conducta en estas penosas circunstancias depende el honor de toda nuestra vida" (36).

Sin embargo, el día dos seguía lloviendo torrencialmente. Antes del amanecer los franceses hicieron un ataque contra el convento de San Francisco, pero fueron rechazados. La debilidad del fuego enemigo en estos días de lluvia permitía dentro de la plaza realizar trabajos de reparación de las defensas.

Entre las filas francesas, la situación sigue siendo desesperada. Víctor informó de ella a Soult en los siguientes términos: *"...Parece que hemos llegado a la época de un nuevo diluvio, y que nuestra expedición contra Tarifa está amenazada de ser enterrada en el agua y en el barro; nuestro campamento ofrece en este momento el cuadro más triste de desolación y muerte; las tropas están en un abatimiento, en un desaliento que llega a la estupidez y temo por las consecuencias de nuestra deplorable situación. No creo que haya habido jamás una situación más desgraciada. No se puede hacer una idea justa de ella más que viéndola. El soldado, cubierto su cuerpo de harapos podridos; sin abrigo; sin alimentos desde hace cuatro días; enterrado, por así decirlo, en su campamento por el tiempo más horrible que se haya visto jamás, parece privado de todo sentimiento y esperar una muerte que no puede evitar; no responde; nada le importa; parece incluso insensible al estado de miseria al que está reducido. Todas las municiones están perdidas; los fusiles fuera de servicio; nuestros caballos mueren a centenares; en fin, nuestra situación es muy penosa. Nadie ve salvación mas que levantando el sitio. Me opongo a ello con la esperanza de que la fortuna que nos trata con tanto rigor nos sea pronto favorable y que podamos entonces reparar las grandes pérdidas que nos causa..."* (37).

Al mismo tiempo, Víctor insistía ante sus generales para continuar los preparativos del nuevo plan de asalto, comenzando las obras necesarias para ello. Sin embargo, estas operaciones eran consideradas "in situ" como imposibles. El General D'Aboville insistía así en la gravedad de la situación: *"Señor: tengo el honor de informar a V.E. que las lluvias que continúan cayendo me ponen en la imposibilidad de ejecutar los trabajos en las*

posiciones que V.E. me ha indicado. Los artilleros se hundieron hasta la cintura en los fangos y ha sido necesario emplear cuerdas y brazos de palancas para retirar a uno que intentaba reparar uno de los merlones de la batería de brecha. Este artillero ha sido transportado en ambulancia. Los soldados de artillería que el General Leval ha puesto a mi disposición han dejado sus puestos y se han ido a buscar abrigo; más de la tercera parte de mis caballos no pueden prestar ningún servicio. Esta noche, el segundo batallón principal ha tenido 34 muertos producidos por el hambre y la fatiga. Es necesario ir a más de tres leguas del parque en todas las direcciones para encontrar paja... toda la pólvora transportada hasta aquí se ha consumido. No me queda más que cuarenta cartuchos de infantería y la que tienen actualmente los soldados en sus bolsas o en sus cartucheras están en su totalidad para cambiar... No queda ninguna esperanza de que nuestra posición pueda mejorar. Hay un límite al esfuerzo humano y no hay duda de que lo hemos alcanzado..." (38).

La respuesta de Víctor a Leval fue tajante: *"...Lamento las miserias que el tiempo ha hecho pasar a nuestras tropas. Lamento las pérdidas a las cuales hemos expuesto relativamente a nuestra caballería. Pero lo que más siento es que si renunciamos a nuestra empresa estaremos expuestos a la censura universal; al reproche de todos los hombres; a penas mucho más punzantes que las soportadas en este momento. No me decidiré, pues, a permitir que se levante el sitio de Tarifa mas que en el extremo mas desesperado... Ocho días de buen tiempo nos harán dueños de Tarifa, si nuestras tropas se comportan con el valor que no debe faltar nunca a los franceses; las dificultades que prevé el General D'Aboville son exageradas y desaparecerán en algunos días..."* (39). Y continúa dando disposiciones para que se fuera a buscar provisiones a Facinas, Vejer y Chiclana y para que los zapadores minaran las torres de las murallas para hacerlas saltar.

El día tres cesaron engañosamente las lluvias durante algunas horas. Los franceses aprovecharon para enviar a la plaza un parlamentario con dinero y ropa para los oficiales prisioneros. Al mismo tiempo Víctor insistía

en el nuevo plan de ataque, que despreciaba el asalto por la brecha abierta, ya que, para llegar a ella, las tropas habrían de pasar de nuevo por el terreno pantanoso que les hizo fracasar. El plan consistía en construir, elevándolas, nuevas baterías de brecha frente a la torre de Jesús, lugar elegido esta vez para abrir la brecha principal; diversificar los puntos de asalto; llevar las trincheras, protegidas por el fuego francés, hasta bien cerca de los muros y emplear las minas desde ellas; todo ello como paso previo para la actuación de la infantería.

La mejoría del tiempo permitió la llegada de algunos alimentos y que los soldados se secaran y empezaran a reparar sus armas. Sin embargo nada de este plan pudo llevarse a cabo, pues el temporal se reanudó y con él el hambre, la fatiga y la fiebre, que hacían estragos en soldados y oficiales. Los caballos seguían muriendo por docenas y las piezas de artillería se hundían cada vez más en el barro.

Por fin, el cuatro de enero, el cuartel general tuvo que aceptar que no existía ya ninguna posibilidad. *“El diluvio... se ha acrecentado de tal forma que si dejáramos veinticuatro horas a nuestros soldados ante Tarifa, los perderíamos... Podemos considerarnos dichosos si no perdemos la quinta parte en los precipicios que deben atravesar...”* (40).

La orden de levantar el sitio fue dada. Las piezas de artillería debían inutilizarse y enterrarse y la pólvora debía tirarse al agua. Las instrucciones cursadas a los generales sobre la forma de replegarse indicaban que la retirada, que debía ser cubierta por el General Barrois, se realizaría en dos etapas, el primer día hasta Facinas y el segundo hasta Vejer.

La decisión tomada por el cuartel general francés fue conocida de inmediato en Tarifa por cuatro soldados que acababan de desertar y se habían refugiado en la plaza. Sin embargo Copons, temiendo que se tratase de una estratagema y que las intenciones reales fuesen el asalto a la plaza al día siguiente, redobló la vigilancia y ordenó que

aquella noche las tropas permanecieran en la muralla y él mismo se situó en la brecha. También mandó salir dos partidas de reconocimiento a las trincheras francesas, que intercambiaron algunos disparos en la oscuridad.

Al amanecer del día cinco, Copons, que se hallaba en la muralla, reconoció la retirada de los franceses y envió a dos compañías de cazadores a perseguirlos, que regresaron con ochenta prisioneros (41). (Según Belmas (42) *“...A las diez de la mañana todas nuestras tropas habían pasado el desfiladero de la Torre de la Peña sin otras pérdidas que las de un infante muerto y dos heridos...”*).

El sitio se había mantenido durante diecisiete días y la brecha estuvo abierta durante siete. Según las estimaciones de Copons los franceses habrían perdido entre cuatro y cinco mil hombres y todo su parque de artillería. Esta valoración discrepa sensiblemente con el balance realizado por el Mariscal Duque de Bellune el doce de enero en Vejer: *“A pesar de la postración de nuestras tropas; a pesar de las dificultades extremas que han debido superar para salir de la peligrosa situación en que se encontraban, se han retirado con tanto orden que el enemigo no se ha atrevido a atacarlas, y no hemos perdido a nadie. Las pérdidas totales durante el tiempo que ha durado la expedición han sido de doscientos noventa heridos y de treinta y cinco a cuarenta muertos...”* Belmas, por su parte, resumía las pérdidas francesas señalando que la artillería tuvo cinco muertos y once heridos, perdiendo doscientos quince caballos y mulas, y la mayor parte de su material; los ingenieros, cincuenta y un hombres fuera de combate, perdiendo casi todas sus herramientas, cuatro furgones y ocho caballos. La infantería cuatrocientos cincuenta hombres. La caballería perdió también un gran número de caballos.

El seis de enero continuó la retirada de los franceses desde Tahivilla a Vejer con un refuerzo de cien caballos que llegaron de aquella localidad. El siete llegaron ante ella, acampando en las inmediaciones varios días para reponerse de las fatigas. El día nueve, las fuerzas que formaban parte del Cuarto Cuerpo se dirigieron a Morón

por Jerez, quedando momentáneamente la 2ª División del Primer Cuerpo en Vejer y Medina... “*Así se terminó esta expedición que por las fatigas, la miseria y las enfermedades fue una de las mas desgraciadas de la guerra de la Península...*” (43).

Tras la derrota, Soult valoró que las causas del fracaso habían sido la falta de control que él había tenido sobre las operaciones y la falta de entendimiento que había existido entre sus generales. De hecho, ya en el mes de octubre había enviado quejas a su emperador sobre ello, ya que “*el Duque de Bellune no le había dado a conocer las instrucciones que había enviado a los generales encargados de marchar contra Ballesteros y atacar Tarifa...*”, lo que llevaba a Berthier a concluir: “*...Parece que no hay armonía entre estos dos mariscales...*” (44). Soult seguía insistiendo en la importancia de Tarifa para la continuación del bloqueo de Cádiz y de la guerra y prometía volver a intentarlo en condiciones más favorables. Sin embargo, el sitio de Tarifa resultaría la última acción ofensiva de envergadura en la Península, ya que la política exterior del emperador haría derivar las operaciones hacia otros frentes.

En los días sucesivos, las tropas españolas demolieron y allanaron las líneas de trincheras levantadas por

los franceses y se condujeron a la Isla algunas de las piezas de artillería abandonadas, aunque las que se suponían enterradas no se pudieron encontrar. Los ingleses limpiaron la brecha y levantaron en ella un muro de mampostería dando a la muralla mayor espesor. Poco a poco se fue limpiando el pueblo y sus inmediaciones de los animales muertos y de los restos de la batalla; se deshicieron los parapetos formados en las calles y se recogieron las rejas y los balcones que habían sido requisados. También se decidió barrenar la ermita del Sol, ya que su posición, muy próxima a la muralla, era muy peligrosa.

El diecisiete de enero los habitantes de Tarifa que habían huido ante el asedio ya habían vuelto a la localidad, y el día veintiuno parte de la Brigada inglesa se embarcaba para Cádiz, quedando solo las fuerzas necesarias para los trabajos de reconstrucción.

En los últimos días del mes varios generales y oficiales de Ingenieros procedieron al reconocimiento de la plaza, del cerro de La Caleta y del de las Tres Cruces, para proyectar las obras de defensa y fortificación que necesitaba la ciudad.

ALGUNAS FUENTES PARA EL ESTUDIO DEL SITIO DE TARIFA

Correspondance et Instructions relatives a l'expédition de Tarifa. Archivo Histórico Militar.

Rapport historique du siège de Tarifa par le Maréchal duc de Bellune. AHM.

J. Belmas: Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Peninsule. T. IV. Paris 1837.

Ch. Oman: A History of the peninsular war. Vol V. Oxford 1902-1915.

W.F.P. Napier: History of the war in the Peninsula and in the south of France... Londres 1828.

Dispatches Wellington to Hill. J. Dulon y H. Vilmot: La prise de Tarifa: Melodrame militaire, historique en un acte et en prose... Paris 1824.

Anonimous. Defense of Tarifa. Londres 1812.

Anonimous. Anecdotes of british and spanish heroism at Tarifa... during the late... siège of seventeen days when invested by the french Marshall Victor, Duke of Bellun. Londres 1812.

NOTAS.

- 1.- Carlos Martínez Valverde: "Consideraciones estratégicas y tácticas sobre el ataque a Cádiz. 1810.-1812". Actas del II Congreso Internacional de la Guerra de la Independencia y su época.
- 2.- Conde de Toreno: *Levantamiento, guerra y revolución de España*. Tomo IV. Pag. 260. Madrid 1835.
- 3.- Mariscal Duque de Bellune: *Rapport historique du siege de Tarifa*. Archivo Histórico Militar (en adelante AHM). Archivo: Guerra de la Independencia. Caja 39. Legajo 61. Carpeta 1.
- 4.- Belmas: *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la peninsule*. Pág. 11. Paris 1837.
- 5.- Charles Oman: *A History of the Peninsular war*. Vol. V. Pág. 111 y sig. Oxford 1914.
- 6.- Padre Maestro Salmón: *Resumen histórico de la revolución de España*. Colección Documental del Fraile. Vol. 934. cap. VI pág. 255 y sig.
- 7.- Grasset: *Lettre de Soult a Berthier*. 25-12-1811. En Malaga province française. Pag. 320.
- 8.-Id. (*Lettre de Soult a Berthier* 11-1-1812). Pag. 323.
- 9.-Libro VIII de Defunciones de la Parroquia de San Mateo. Pag 272 v.
- 10.- Padre Maestro Salmon: op. cit. pag 79 y sig.
- 11.- Gómez de Arteche: *Guerra de la Independencia. Historia militar de España*. Pag. 201-2. Tomo I. Madrid 1868. Y también Maestro Salmon, op. cit. pag 88-93.
- 12.- Grasset: op. cit. pag 288-290.
- 13.- Conde de Toreno: op. cit.
- 14.- *El Conciso*. 18 de septiembre de 1811.
- 15.- Oman: op. cit. pag. 113-114.
- 16.- Maestro Salmón: op. cit. pag. 273.
- 17.- *Consideraciones acerca de la importancia intrínseca de Tarifa y de la que podría llegar a tener por medio del arte...* (1867) AHM. 1ª Sección. Catálogo General de Documentos. (3-5-11-3) (4093).
- 18.- Oman: op. cit. pag.112.
- 19.- Yraurgui: *Diario de operaciones de la división expedicionaria al mando del Mariscal de Campo D. Francisco Copons de 1811 a 1812*. Pag. 17.
- 20.- Yraurgui: *Diario...* pag. 40 y sig.
- 21.- Yraurgui: *Diario...* pag. 59.
- 22.- *Correspondance et Instructions relatives a l'expédition de Tarifa*. AHM. Archivo: Guerra de la Independencia. Caja 39. Legajo 61. Carpeta 1. 24-11-1811.
- 23.- Oman: *A History...* pag.113 y sig.
- 24.- Oman: id. pag. 116.
- 25.- *Correspondance...* (Aux Generaux Leval, Barrois, Pescheux, Garvé y D'Aboville).
- 26.- *Correspondance...* (Au Général D'Aboville. 13-12-1811).
- 27.- *Correspondance...* (Au Général D'Aboville. 21-12-1811).
- 28.- Belmas: *Journaux...* pag 52.
- 29.- *Correspondance...* (Du Quartier Général à Vejer... le 23-12-1811).
- 30.- Grasset: *Málaga...* pag. 309.
- 31.- Oman: *A History...* pag.121 y sig.
- 32.- Oman: id. pag. 125.
- 33.- *Correspondance...* (De Leval a Victor). 31-12-1811.
- 34.- Belmas: *Journaux...* pag. 32-33.
- 35.- *Correspondance...* (De Leval a Victor). 1-1-1812.
- 36.- *Correspondance...* (De Victor a Leval). 1-1-1812.
- 37.- *Correspondance...* (De Victor a Soult). 2-1-1812.
- 38.- *Correspondance...* (De D'Aboville a Victor)
- 39.- *Correspondance...* (De Victor a Leval). 3-1-1812.
- 40.- *Correspondance...* (Au Marechal Duc de Dalmatie. Virgen de la Luz) 5-1-1812
- 41.- Yraurgui: *Diario...* pag.127.
- 42.- Belmas: *Journaux...* pag 38.
- 43.- Belmas: id. pag 38.
- 44.- Grasset: *Málaga...* pag 287.